

CAPÍTULO 1

HIJAS DE LA LLUVIA

En algún lugar entre el País Vasco y Navarra. España.

Miró a través de la ventana y el sol le pareció la luna.

Un disco mortecino que se insinuaba detrás de un biombo de nubes. Llovía a mares y aquella lluvia obstinada ocultaba aún más el tímido fulgor de aquel sol travestido.

La anciana apartó los visillos. Aunque estaba acostumbrada a esa penumbra, los años habían ido nublando sus ojos y aquella claridad del amanecer ya no era suficiente para alumbrar sus tareas. Encendió la luz, puso en marcha la caldera de la calefacción y preparó una cafetera. Por último, dispuso los servicios del desayuno sobre la recia mesa de pino que su esposo había trabajado con sus manos años atrás, cuando se mudaron a la casa del patrón. Un ritual repetido, día tras día, que iniciaba la actividad en la casa. Era su momento preferido, el tiempo que transcurría desde que ponía la cafetera al fuego hasta que el envolvente olor del café comenzaba a perfumar la cocina. Unos instantes de silenciosa calma que le permitían pensar en sus cosas, ya que el resto del día era un trajín continuo que no dejaba hueco para las

cavilaciones. Como buena casera vasca, gobernaba su casa con mano de hierro, al igual que la del patrón. Cocinar, limpiar, hacer la colada y planchar para dos hogares, hacían que llegara al final de la jornada con las fuerzas justas para alcanzar la cama.

El calor empezaba a caldear la estancia, pero aún estaba fría. Se arrebujó en la bata y se dirigió de nuevo a la ventana. La tromba de agua que caía de aquel cielo gris distorsionaba la apariencia de la calle tras el cristal, transformándola en una imagen casi submarina. Absorta en el paisaje encharcado, sus pensamientos iban y venían, saltando del presente al pasado; de las faenas domésticas que encargaría a su marido esa mañana, al sabor de los primeros *arañones* que recogió de niña en el monte y con los que su madre elaboraba el pacharán.

Mientras el día se hacía de nuevo, sus recuerdos se asomaron para rebañar unos míseros rayos de luz. Esa mañana, sin saber por qué, le vino a la cabeza el primer baile con su esposo. Le gustó Julen desde el preciso instante en el que lo vio llegar al baile de las fiestas del pueblo en su flamante motocicleta. La única de esas características que se había visto por el valle. Era grande y roja. Nunca se aprendió la marca, aunque sabía que era alemana o de por ahí. De joven, Julen había sido un mozo de buena planta. Un carpintero artesano que se ganaba la vida haciendo muebles a medida para las familias adineradas de San Sebastián y Pamplona. Buenos cuartos a los que sumaba los jornales que obtenía por sus trabajos en algunos centros educativos de la capital guipuzcoana. Era también, un maestro reparando la madera de los caseríos y las bordas donde los pastores pasaban los veranos engordando a sus rebaños en los frescos pastos de las montañas altas. Siempre trabajó limpio, y como hijo único de la casa Otxandorena, había heredado la carpintería de su padre, un

negocio próspero y de buen nombre. Desde ese primer baile en las fiestas del valle supo que Julen sería su marido y se comprometieron sin hablar de noviazgo.

El amorío fue breve y Don Melitón les casó en la ermita de San Donato, no sin antes advertirles, en un tono grave, de las obligaciones conyugales: «Hijo, tú trabaja, no le des al vino entre semana y no te metas en política, que tu mujer se encargará de todo lo demás. Y tú, hija, recuerda que cuando tu marido quiera... Pues tú también».

Y desde entonces, así fue.

Evocando aquellos tiempos mozos, dibujó en sus labios una sonrisa desmayada. Una licencia que podía permitirse al estar sola, ya que la gente de la tierra en raras ocasiones mostraba sus emociones en público; pero disciplinó rápida aquel tierno gesto al recordar, melancólica, que apenas habían bailado agarrados tres o cuatro veces en toda su vida.

El borboteo del café la despertó de aquellos gratos recuerdos. Se acercó a la puerta de la cocina y llamó a voces a su marido: *¡Julen jeitsiko al zara? ¡Kafea hoztuko da!*

Un prolongado bostezo anunció la llegada de su esposo. Un rugido que a la mujer le pareció el de un oso despertando de su hibernación tras un largo invierno en la montaña. Julen era un anciano larguirucho de mirada mansa y manos vigorosas. Vestía un sobrio pantalón azul de trabajo y una camisa de franela con la que se peleaba intentando abrocharse el último botón del cuello.

La anciana le dirigió una mirada reprobatoria. Apoyando sus manos sobre los hombros de su marido le sentó, le desabrochó el botón que tanto esfuerzo le había costado abotonar, y usando sus dedos como un peine, le atusó el cabello aún alborotado. Una vez satisfecha con el resultado llenó dos tazones del humeante café y se sentó frente a él.

—Llueve —suspiró Julen.

—Vaya novedad —murmuró ella—. Oye, antes de que te pongas a tus cosas y a mí se me olvide, saca el coche nuevo de Edurne. Quiere estar temprano en *Donosti* y llegará tarde como siempre.

—¿Cuándo te ha dicho?...

—Anoche. La oí llegar a las mil y me levanté por si quería que le preparara algo, pero me dijo que había tomado unos pinchos con las amigas y que esta mañana, para las nueve, quería estar en la ciudad.

—Pues ni la oí a ella llegar, ni te oí a ti salir del cuarto —dejó caer la excusa entre una salva de bostezos.

—Tú nunca oyes nada si hay que levantarse de la cama —masculló.

Él la señaló con la cucharilla para defenderse.

—¡Hay que ver, eh! Cuántas veces te habré contado que...

—¡Que sí! Que te quedaste sordo de un oído de un cañonazo en el barco ese donde hiciste el servicio militar —cortó—. Pero esa historieta se la cuentas a tus amigotes en el bar echando unos potes. Así acabáis luego. ¡Tibios! A limpio juramento y compitiendo como críos para ver quién echa la mentira más gorda —riñó.

Julen trataba de evitar que se notara lo divertidos que le parecían los reproches de su mujer y cambió el tercio.

—¿Sabes la que nos contó Peio anoche?

—¿Qué Peio?

—No te hagas la tonta. ¿Qué Peio va a ser? ¡Peio Landakua! Tu admirador —deslizó con retintín—. El que dice que te pareces a esa actriz morena tan guapa. Nunca me acuerdo cómo se llama...

—Charo López.

—¿Ves cómo sabes de qué Peio te hablo? —gruñó celoso.

—A ver. ¿Qué dijo Peio? —suspiró.

—Pues que de chaval jugó en los infantiles del *Athletic* y que le hicieron una oferta para fichar con el primer equipo, pero que la rechazó para no dejar a su padre solo en el negocio. ¡Este Peio sí que tiene pajaritos en la cabeza! ¡Ésa sí que es una mentira gorda! —rio.

La casera no daba crédito a las palabras de su esposo y tras amnistiarse con una clemente pausa se levantó para lavar su tazón.

—Menuda cuadrilla de viejos troleros estáis hechos. Bueno, veo que te has levantado parlanchín. Acábate el café y saca el coche, ¡anda!

—Vale. Pero apenas sé cómo arrancarlo. Como Eburne llega siempre a las horas que llega. A ver si me aclaro.

—¡Venga ya! ¿Cómo no vas a saber si le enseñaste tú a conducir?

—Que el coche nuevo es automático. Que no es igual que el otro. ¡Bah! Tú no entiendes de esas cosas.

—Pues no. Yo entiendo de lo mío. Así que, después de sacar el coche me traes dos pichones, que quiero prepararle un pichón para comer. Y acuérdate que tienes que reparar la valla del palomar. ¡Arrea! Que voy a darle una vuelta o se quedará dormida —mandó.

Julen apuró el café de un sorbo, agarró el llavero que reposaba sobre la alacena y salió de la cocina. La anciana le recogió el tazón y, mientras lo pasaba por agua, comprobó a través del ventanal que arreciaba la borrasca. Alzando la voz hacia la entrada, por donde ya salía el anciano, le gritó: ¡ponte las botas de agua y algo encima, que está jarreando! ¡Ah! ¡El otro pichón es para ti!

Julen salió del caserío refunfuñando al tiempo que se enfundaba un chubasquero para protegerse de la intensa lluvia. Aun siendo un hombre del norte le gustaba el agua tanto

como a los gatos. Una vez en el porche escudriñó el cielo y meneó la cabeza. Las nubes plagiaban un nuevo diluvio sobre aquella masa boscosa de frondosos robledales y hayedos que le rodeaba. Miró a izquierda y derecha en dirección a las ventanas del caserío y cuando se cercioró de que su mujer no le espiaba, sacó una cajetilla de cigarrillos oculta en el calcetín, de la que extrajo un encendedor. Encendió un pitillo, ahogó un conato de tos y exhaló el humo, aventándolo para evitar que las volutas lo delatasen. Se cubrió la cabeza con la capucha del impermeable y escondió el cigarrillo en el cuenco de la mano para protegerlo de la lluvia y de las miradas indiscretas. Con paso fatigado, empezó a recorrer el sendero de grava menuda que conducía a la puerta de la entrada.

Mientras sus pasos se hundían en los charcos, ideaba soluciones para nivelar el terreno.

«Tendré que arreglar estos baches. A ver si me acuerdo de decirle al *Chinche* que se cargue una furgoneta de zaborra del almacén del padre de Jokin». Sumido en este pensamiento llegó ante las suntuosas puertas de reja que custodiaban el acceso a la finca. Fue a dar una calada al pitillo, pero al ponerlo en sus labios, una certera gota lo apagó ahogando también sus ganas de fumar.

Un cartel de madera de boj presidía majestuoso la entrada al caserío. En la tabla curva tallada por él mismo, la leyenda *Zabalegienea*, que nombraba en euskera el hogar de los Zabalegui, lucía imponente sobre el arco metálico que coronaba las cancelas de forja.

Liberó el pestillo de las puertas para abrirlas hacia el interior y se dirigió por el camino asfaltado hasta la amplia nave que hacía las veces de cochera. Deslizó sin dificultad la puerta corredera y entró en el pabellón que albergaba, justo a la entrada, el coche nuevo de Edurne; la hija del patrón. Detrás del coche de la chica estaban aparcados el sedán del empresario

y el antiguo utilitario que había pasado del padre a la hija. Edurne a su vez, al adquirir el vehículo automático, había regalado a Julen su minúsculo turismo italiano.

En el fondo de la nave, donde dormía su vetusta motocicleta, Julen había habilitado un taller con sus bienes más preciados. Su banco de trabajo, un pequeño pero eficaz torno eléctrico y las herramientas que se negó a dejar al nuevo inquilino de su carpintería cuando la arrendó para trabajar con los Zabalegui en el creciente negocio maderero. Los ancianos habían aceptado tres décadas atrás la oferta laboral del ambicioso patrón. Tomás Zabalegui encontró en Julen al mejor capataz y la mujer del carpintero gobernó la casa ayudando a Begoña, la esposa de Tomás. Begoña, a pesar de su delicada salud, se quedó embarazada y halló en la casera las fuerzas que a ella le faltaban para llevar adelante la casa. Pocos años más tarde Begoña falleció, pero Julen y su mujer continuaron como caseros de los Zabalegui; no en vano eran considerados por el patrón y su hija como de la familia, y como tal los trataban.

En esa «guarida del oso», como llamaba la casera al taller de su marido, Julen realizaba modestas labores de talla que le encargaban sus vecinos en ocasiones especiales. Por lo general, los trabajos consistían en figuras del Ángel de Aralar, juguetes, o una tabla con el apellido de la familia.

Ya al resguardo del temporal se quitó la capucha del impermeable, echó una ojeada rápida hacia la casa y pensó que era una buena idea echar ese pitillo mañanero que había sido sofocado por aquella lluvia traicionera. Encendió el cigarrillo, aspiró ansioso la primera calada y un leve mareo hizo que tuviera que apoyarse en el capó del coche. No pudo evitar acordarse de las palabras de Milagros, la médico del valle que había llegado desde Extremadura nada más terminar la especialidad. La joven doctora no había escondido

su diagnóstico en un enrevesado léxico hipocrático: «Y el tabaco, ¡ni olerlo! Que como siga fumando no va a durar ni dos telediarios, amigo». Desde ese día, para evitar que pudiese comprar tabaco, su esposa le administraba cada céntimo que ganaba con aquellos trabajos esporádicos. A pesar de los esfuerzos de su mujer por hacer cumplir las órdenes de la facultativa, se las ingeniaba para sisarle el dinero necesario con el que comprar un par de paquetes de cigarrillos al mes; tabaco que racionaba, disciplinado, como vio hacer a su padre en los años de la posguerra.

Apuró el pitillo contemplando el flamante automóvil de Edurne y decidió ponerse manos a la obra.

Se acomodó en el asiento del conductor, introdujo la llave en el contacto, pisó el pedal del freno y el motor emitió un suave ronroneo. Accionó la palanca en la letra D para avanzar, soltó el freno y justo en el momento en el que enfilaba la salida, un gran estruendo retumbó en la cochera. El estallido de un trueno le avisaba que la tormenta descargaba la furia de los cielos sobre la vertical del pueblo. Julen conducía inseguro midiendo las distancias hasta que alumbró la salida de la nave y la lluvia comenzó a repiquetear contra la carrocería del vehículo.

«Dos pichones. Uno para Edurne y otro para mí», se dijo, mientras se le hacía la boca agua recordando el sabroso sabor de la salsa encebollada en la que su mujer cocinaba los palomos.

Éste fue su último pensamiento.

La casera había sacado de la despensa lo necesario para cocinar los pichones que debía traerle su esposo. Reparó en que tendría que salir a buscar unas cebollas al pequeño huerto que circundaba al palomar, situados ambos, dentro del terreno vallado en la parte trasera de la finca. Protegida de la tempestad bajo un paraguas más viejo que ella, vio a su marido

al volante del vehículo de Edurne y supuso que ya se había echado el pitillo clandestino que ella fingía ignorar cada mañana. Lo observó maniobrando dentro de la cochera con la misma delicadeza que ponía en todos sus trabajos. «Sigues siendo el hombre más apuesto que he conocido en mi vida, Julen Otxandorena. Y le doy gracias a Dios por tenerte a mi lado», pensó, escondiendo su ternura. Poniéndose a lo suyo desenterró los bulbos que necesitaba y los dejó en la cocina. Tras cambiarse de calzado para no ensuciar el piso de barro, entró en el lavadero contiguo a recoger del tendedero varias prendas de ropa interior de Edurne. Con la ropa íntima ya plegada cruzó el recibidor de la casa de invitados y accedió a la residencia principal.

El caserío había sido reformado conservando su tejado a dos aguas y albergaba tres viviendas, unidas por los recibidores, que siempre mantenían abiertas sus puertas. La de los caseros, junto a la cochera, daba al este. La central, más sencilla, se usaba para hospedar a los invitados y la tercera, donde vivían el patrón y su hija, quedaba situada junto a la parte más hermosa del jardín.

Una vez allí, con aquel montoncito de mudas sobre sus manos, dirigió la mirada al final de la escalera y le pareció algo tan lejano como la cima del *Aizkorri*, la cumbre más popular de los montes vascos. Como si de una ascensión al pico se tratase, escaló de forma pesada aquella montaña de peldaños. Llegó al dormitorio de la joven y se acercó a la puerta intentando oír cualquier señal de actividad al otro lado, pero no escuchó nada. La chica aún dormía. Abrió la puerta con escrupuloso cuidado y entró en la estancia sin hacer ruido alguno. Las cortinas ocultaban por completo la escasa luz de aquella opaca mañana dejando la habitación en una confortable oscuridad. La anciana depositó la ropa sobre el mueble zapatero y se sentó en la cama. Apartó con delicadeza los cabellos

que ocultaban el rostro de la muchacha y por un momento creyó contemplar la carita de aquella chiquilla de ocho años la noche en que murió su madre. Enternecida con la imagen de la Edurne niña, que cansada de tanto llorar se durmió en sus brazos, recordó las últimas palabras de Begoña antes de morir.

«Supongo que imaginas por qué quiero verte a solas. Tomás y yo no tenemos más familia. Me queda mi hermana, pero ella no cuenta porque está muerta para el mundo. Sólo tenemos dinero. Te voy a pedir algo muy importante, de la misma manera que has cuidado de mí, cuida a mi hija. Aún es una potrilla que no se deja domar. Tiene mucho genio, pero es muy buena».

«No te preocupes, Begoña. Sabes que Julen y yo daremos la vida por Edurne si hiciera falta».

El rugido de un trueno hizo que la joven se estremeciera acurrucándose entre las sábanas, interrumpiendo los recuerdos de la casera.

—Edurne —le susurró cariñosa palmoteándole el trasero.

—¡Ayyy! Déjame un poquito más, *amatxo* —pidió.

—¡Claro! Por la noche lobos y por la mañana, ¡perros!

—¡Uf! Qué antigua eres. Hace mil años que eso ya no se dice —murmuró desperezándose.

—¡Ah! ¿Y qué se dice ahora?

—Ahora se dice: «... noches de desenfreno, mañanas de ibuprofeno».

—Muy moderna te estás volviendo tú. Anoche estuviste de pinchos con las amigas, ¿no?

—Mmh. Sí.

—¿Y no viste a Jokin?

—¡Buf! Siempre con la misma matraca.

—Bueno, hija... Al fin y al cabo, es tu novio.

—No. No le vi. Había quedado con su cuadrilla para echar unos potes por lo viejo y debió cogerla gorda. Además, lo que

seamos Jokin y yo es cosa nuestra. A lo mejor sólo somos amigos con derecho a roce, así que no te metas.

—Lo que yo te digo, te estás volviendo demasiado moderna. Tú sabrás lo que haces. Yo no me meto. El café salió hace un rato y Julen ha ido a sacarte el coche nuevo.

—Que sí. Pesada. Que ya voy —protestó somnolienta.

Cuando la anciana encendió la luz, Edurne se sentó en el borde de la cama y se incorporó con desgana. Bostezando, se dirigió hacia el espejo de la cómoda y se encontró con un desvaído rostro marcado por las arrugas de la almohada. Su larga melena negra se desmadejaba sobre su pálida cara ocultando unas hinchadas ojeras matutinas. Se acercó al espejo y enfrentando los dientes superiores con los inferiores observó el estado de su dentadura. A continuación, sacó la lengua para comprobar su color. La deprimente visión le recordó que desde que comenzó su relación con Jokin, fumaba y bebía en exceso. Salía a diario con los amigos y sin embargo, su vida no le satisfacía.

Se sentía vacía. Y sola.

Entró en el cuarto de baño interior del dormitorio para cepillarse los dientes y deambuló medio dormida durante unos segundos por la habitación hasta pararse frente al armario. Coqueta, estiró la camiseta para admirar su figura en las lunas del ropero. Se giró para mirarse de perfil y se palpó los glúteos y el vientre antes de comprobar la firmeza de sus pechos. Satisfecha tras la exploración corporal se dirigió a la ventana, corrió las cortinas y un murmullo de luz cerró sus ojos. Abrió el portillo y se asomó lanzando la mirada a lo lejos con la esperanza de poder ver el sol.

Con la esperanza de que fuese un día diferente.

Inspiró y lanzó el aire contenido en un intento de expulsar con él toda la frustración que le causaba la visión del paisaje. Llovía.

Por el camino asfaltado vio su coche nuevo avanzando hacia la salida del caserío.

«Ahí va Julen. Es un cielo», pensó complacida.

La baja temperatura exterior la sacó de sus pensamientos con un escalofrío.

—Llueve, *amatxo*.

—No ha parado de llover en toda la noche. Esto es lo que hay. Somos hijas de esta tierra, somos hijas de la lluvia —apostilló ahuecando la almohada.

Todavía adormilada, Edurne cerró la ventana y se dispuso a ayudar a su *amatxo*.

La casera estiraba las sábanas que aún dibujaban con sus pliegues el cuerpo de la chica, cuando de repente un fogonazo de luz amarilla iluminó como un *flash* la habitación. Un segundo después, una atronadora explosión talaró sus oídos y en ese mismo instante, sintieron la ira de un viento maligno que las derribó al suelo. Los cristales de las ventanas, las lunas del armario y el espejo de la cómoda, las lámparas y los frascos de perfume; todo estalló al unísono fragmentándose en diminutos proyectiles de vidrio que acuchillaron el aire y sus rostros se convirtieron en máscaras ensangrentadas. Se abrazaron paralizadas. Desorientadas por el terror.

La estruendosa detonación dio paso a un vacío que barrió la estancia absorbiendo todo rastro de sonido. Un pitido creciente llenó sus cabezas. Las imágenes se sucedían sin orden ni concierto en un afán desesperado por dar sentido a lo que estaba ocurriendo. La *amatxo* apoyó sus manos en el suelo intentando levantarse, pero el esfuerzo resultó inútil. Un intenso mareo la obligó a permanecer sobre el piso plagado de afilados fragmentos de cristal. Toda su obsesión era ir hacia la ventana y ver a salvo a su esposo.

Su grito nació mudo: ¡Juleeen!...

Un alarido que nadie escuchó. Ni siquiera ella misma. El silbido que comenzó de la nada fue creciendo como un tumor, cada segundo más agudo, hasta desalojar cualquier otro sonido. Edurne buscó con la mirada la ventana por donde se había asomado segundos antes. La imagen de su coche, conducido por Julen hacia la salida de la finca, se fijó de golpe en su retina y sintió una náusea que se agarró a su estómago. Reptando por el suelo cortante consiguió llegar al agujero que antes fue ventana. Se apoyó en aquella oquedad ruinosa y su mirada se quedó clavada en una gigante bola de fuego en medio de un cráter negro como el cielo del infierno. Su automóvil se había convertido en un amasijo de hierros candentes envueltos entre las llamas que se alimentaban engullendo el oxígeno circundante. La falla diabólica expulsaba una descomunal columna de humo ácido que el viento llevó hasta sus ojos haciéndola llorar. Una terrorífica visión eclipsada durante un segundo por el vuelo caótico de las palomas de Julen en desbandada.

La *amatxo* consiguió incorporarse y con paso tambaleante intentó llegar hasta la ventana. Edurne abrazó a la casera cerrándole el paso hacia la cruel imagen de la hoguera donde se consumía el inocente carpintero.

—¡No, *amatxo*!... ¡Nooo! —suplicó en un golpe de tos.

Poseída por una fuerza nacida del dolor, la anciana empujó con violencia a Edurne. Quería mirar. Tenía que mirar. Pero viendo que no conseguía doblegar la voluntad de la chica, en un rápido movimiento, se zafó de sus brazos y se dirigió con paso decidido hacia la escalera. Con olvidada agilidad, bajó los peldaños como una autómatas. Sus cansadas piernas cedieron y cayó rodando los últimos escalones. Se levantó usando la barandilla como muleta y dando traspies, salió al exterior. La joven corrió tras ella y le dio alcance justo cuando la casera caía en un barrizal donde también

había aterrizado, chamuscada, la tabla tallada con el apellido familiar.

Con la mirada perdida, la *amatxo* trató de levantarse para correr hacia el coche en llamas, pero Edurne la sujetó con fuerza impidiéndoselo. Sentadas sobre aquel charco ennegrecido, cubiertas por lunares de sangre y empapadas bajo el aguacero, se balancearon fundidas en un abrazo acompasado. La anciana alargó la mano tratando de llegar hasta su esposo mientras le llamaba a voces: *¡maitia!... ¡maitia!...* Como así dicen los vascos, cuando se llaman cariño, en la lengua de sus padres.

CAPÍTULO 2

UN JALOQUE SALADO

Playa del Portús. Costa de Cartagena. España.

Cálido como el abrazo de un amante, el sol se derramaba en una tibia cascada por las laderas de los montes para bañarse después en la orilla de una mar antigua.

Allí, chapoteaba sobre las olas, pintando las aguas de purpurina dorada al son de los graznidos de las gaviotas que planeaban sobre la quietud de la costa. Una calma rota por los jadeos acompasados de alguien que se acercaba a la carrera. Por la falda del monte de poniente fue asomando la figura de un corredor que descendía la abrupta pendiente sorteando los pedruscos que se desgajaban a su paso.

El hombre bajaba agarrándose a los matojos, arqueando el cuerpo como un funámbulo sobre la cuerda, intentando así controlar la velocidad que empezaba a ser peligrosa. Apenas le separaban ya un centenar de metros de la placita que servía de mirador a la ermita de la playa del Portús. Una diminuta iglesia encalada que alojaba en su humilde altar una Virgen del Carmen, patrona de las gentes de la mar. Junto a la capilla, como un centinela pétreo e inerme, se elevaba orgulloso el antiguo puesto de la Guardia Civil, abandonado ahora a su suerte y que el hombre evitaba mirar cada vez que pasaba por allí.

Mostrando conocimiento del terreno, el corredor dominaba ya el tramo final del descenso y apenas un minuto después, se encontraba junto a la entrada de la ermita. Recobró el resuello dando pequeños saltos y cuando atemperó su respiración quiso deleitarse en aquel paisaje por el que se sentía observado. Divisó la veintena de casitas agarradas al cantil de las rocas, a escasos metros de la mar. Antaño humildes barracas de pescadores que fueron remozadas por sus moradores con el sacrificio de los años, moneda a moneda, hasta quedar convertidas en coquetas residencias de veraneo.

La playa era de guijarros, brava y bella, como las mujeres de aquella tierra. El fondo marino era traicionero, como el vino del terreno. Así le había descrito la cala el último pescador que quedaba en el poblado.

Sonrió y acto seguido se sentó en uno de los bancos. La suave temperatura le invitó a recostar la cabeza y sin darse cuenta, su memoria retrocedió tres años atrás, hasta el grato recuerdo del primer encuentro con el pescador tras uno de sus baños matutinos en esa mar del Levante.

—Amigo, usted es nuevo por aquí, ¿no? —le dijo aquel viejo acartonado por el sol y la sal.

—Sí. Pero he venido para quedarme —contestó receloso poniéndose en guardia.

—Tranquilo, hombre. Si piensa quedarse aquí, déjeme que le enseñe un par de cosicas. Por su bien. Cuando usted vea turbios los primeros metros de agua, eso es que hay resaca. La mar tira pa' dentro y la playa está llena de hoya'.

—¿Hoyas? —preguntó extrañado el hombre, que aún no había hecho su oído a la forma de hablar de aquellas gentes que acortaban las palabras, sustituían las ces por eses, y sobre todo, se expresaban mejor con las manos que con el alfabeto.

—Sí, hombre. ¡Hoya'! Son unos agujeros en el fondo de la mar que cuando hay resaca, se chupan to' lo que hay serca.

¡Ah! Y otra cosa. ¿Ve usted la raya azul? —dijo señalando la línea imaginaria donde el verde cristalino se tornaba azul oscuro.

—La veo.

—Mu´ bien, amigo. Pues de la raya azul pa´ cá, los peses no son más grandes que mi mano, pero de la raya azul pa´ llá, los bichos son más grandes que usted, y ésos, también se chupan to´ lo que hay serca —enfaticó juntando las yemas de los dedos y llevándoselos a la boca.

—Tomo nota —dijo el hombre, sorprendido de sí mismo al verse sonriendo a aquel viejo que empezaba a caerle bien.

Animado con la franca sonrisa del forastero, el pescador comenzó a hablarle de sus cosas. De su juventud en la mar. De penurias. Y de una novia mora que le hizo hombre. Le habló de navegaciones de contrabandistas en esa costa y de viejas leyendas de aquella tierra marinera. El viejo marino se dio cuenta de que no se había presentado y detuvo su narración. Se volvió adoptando una pose formal, carraspeó, y le ofreció la mano al desconocido con una solemnidad ya olvidada.

—Me llamo Ginés Ros Pagán. Pero me llaman Ginés *el Seco* —saludó cordial.

—Yo me llamo Joseba. Joseba Lareki. Pero siempre me han llamado Lareki —se presentó el forastero tendiendo la suya.

Se estrecharon la mano fijando el uno en el otro una mirada desnuda de cualquier formalidad, pero vestida con la dignidad de los hombres de honor.

—Vasco —afirmó el pescador.

—Sí. Nací en *Euskadi*.

—¿No serás de *la ETA*? —preguntó tuteándole ya.

—No. No soy de ETA. Y si lo fuera... ¿Crees que te lo diría? —respondió triste.

—¿No ta´ brás ofendió´?

—No. Tranquilo. Ya estoy acostumbrado. No es la primera vez que me lo insinúan desde que estoy por aquí. Por cierto, ¿qué fue de Fátima? —interrogó, tratando de alejar la conversación del pasado que había ido a enterrar a esa playa.

—¿Quién ta' dicho?... —interpeló sorprendido.

—El tatuaje —señaló con la barbilla el brazo derecho del marinero.

—Eres mu' observador —dijo frotándose aquel nombre incrustado en su piel y en su corazón—. ¿En serio quieres que te lo cuente? La historia es larga.

—Tengo todo el fin de semana y no se me ocurre un plan mejor que saber de la mujer que hizo que te tatuaras su nombre en la piel.

—Mu' bien, hombre. ¡Pues te invito a comer! ¿Te gusta el pescao'?

—Mucho.

—¿Y el vino? ¿Te gusta el vino...? —lanzó, estudiando de reojo a su nuevo amigo.

—La verdad es que no estoy acostumbrado a beber.

—¿Pero los vascos no os bebéis hasta los ríos? —pinchó, mientras ensartaba un trocito de calamar en un anzuelo.

—No te creas todo lo que oigas de los vascos, no somos todos tan valientes —dijo sombrío.

El viejo marinero intuyó en aquel tono desolado, que Lareki había encallado como un buque sin gobierno en aquella playa olvidada, olvidado por todos, y dio un golpe de timón a la charla remolcando al vasco hacia aguas más tranquilas.

—¡En fin! Ya me beberé yo ese par de botellas que guardo en la casa —tentó guasón.

Tras un nuevo silencio prorrumpieron en sonoras carcajadas. Hacía años que Lareki no reía de tan buena gana y sintió una euforia que relacionó con eso que la gente que está acostumbrada a ella, llama libertad.

Unos instantes después, el viejo marinero ascendía la elevada pendiente brincando entre las casas a la velocidad de un gato montés. Cuando Joseba culminó la subida, Ginés le esperaba ya en la solana de su hogar para darle la bienvenida oficial a sus dominios.

—Estás en tu casa. Me voy pa´ dentro a limpiar el pescao´ —dijo empujando la puerta cargado con los aparejos y un cubo rebosante de magres.

—¡Tienes esto muy florido! —voceó amable, barriendo la terraza con la mirada.

Ginés asomó por la puerta sujetando un magre destripado en una mano y un cuchillo en la otra, con el que señaló hacia las flores.

—Son pa´ mi entierro. Con mi pensión no podré pagarme las coronas —dijo agudo.

Y como si tal cosa, volvió a su tarea. El vasco rio la ocurrencia del pescador y se abandonó a los aromas que inundaban el lugar. Era la casa como casi todas. De planta baja. Al igual que sus vecinos, Ginés había arreglado en su día aquella antigua cabaña, transformándola en una acogedora casita mediterránea. La terraza presentaba un aspecto muy colorido; el porche, cubierto por un fresco emparrado, extendía su sombra sobre un coy mecido al vaivén de los vientos y daba cobijo a un jardincillo donde Joseba pudo distinguir una hierbabuena, varios geranios y un jazminero.

—¡Lareki! Ya sé que eres mi invitao´, pero aquí el que no trabaja, no come. ¡Entra pa´ dentro y prepara una ensalá! —llamó Ginés desde el interior.

Joseba obedeció de inmediato. Cruzó el umbral de la casa y avanzó con cautela guiado por la sedosa luz que se adivinaba al final del pasillo. Frente a él se abría una puerta por la que vio cruzar al pescador que, parrilla en mano, trasteaba en lo que sin duda era la cocina.

—¿Vienes o qué? —sonó lejano Ginés.

—¡Un momento! Déjame echar un vistazo al salón, que parece un museo —pidió fascinado.

La luz entraba a raudales blanqueando unos finos visillos de hilo y bañando como una ola lumínica cada mueble y rincón de aquel cuarto. Frente al ventanal de la izquierda, un sofá y una mecedora gastados por el uso, se ofrecían para abandonarse entre sus mimbres a la lectura de un buen libro o al efecto reparador de una siesta española. Frente al sofá y la mecedora, una mesita de pino servía de descanso a una pila de revistas descoloridas por un sol perpetuo. Tapizado con una enorme jarapa de pita del color de la marga, el suelo enmudecía el rumor de las pisadas y permitía escuchar la sinfonía de las olas.

Allí era difícil imaginar el ruido del mundo.

Con los pasos silenciados sobre la hospitalaria alfombra, se encaminó hacia la cocina, pero antes de traspasar la puerta, se percató de la presencia muda de dos estanterías. En ellas parecía condensarse toda una vida. Fotos antiguas exhibían rostros del pasado que se resistían a cerrar los ojos. En un estante reinaba un gallardo quinqué de petróleo y a su lado, un catalejo que en su día fue dorado, languidecía verduzco sobre otra de las repisas.

Ginés había entrado en el salón y mientras sacaba la mesita a la terraza, aprovechó para meterle prisa a Lareki.

—No sé tú, pero yo me muero de hambre —dejó caer el pescador.

—Venga, que te voy a preparar esa ensalada —rio el vasco.

Joseba entró en la cocina y se sintió como si estuviese en la suya propia. Buscó aquí y allá hasta dar con lo que necesitaba y se sorprendió de nuevo al escucharse silbar mientras cortaba un tomate, feliz como un pinche estrenando contrato.

La comida resultó amena pero frugal. Dos magres medianos por cabeza y ensalada de tomate y queso fresco aderezados con orégano y aceite de oliva. Una bandeja copada de uvas y dátiles remató el almuerzo. De la bebida no se pudo decir lo mismo. Así comprendió Lareki por qué a Ginés le llamaban *el Seco*. Le colgaron ese apodo porque al igual que los bancales de aquella tierra, el pescador estaba siempre sediento.

Ginés narró durante la comida, con memoria prodigiosa, cómo conoció a Fátima en El Aaiún cuando el enclave africano estuvo bajo dominio español y aquella costa desértica sirvió de caladero a las flotas pesqueras de medio mundo. Le detalló los meses de secreta pasión que vivieron siendo poco más que dos críos y maldijo las circunstancias de la vida que nunca le permitieron reencontrarse con su amante mora.

El pescador liberaba sus recuerdos como si desplegara velas. Lareki le interrumpía poco, pero fue bebiendo al compás de Ginés y durante la sobremesa, se dio cuenta de que le costaba atender con una mínima concentración el monólogo del marino.

Ginés le cedió su coy y apenas un minuto más tarde, cuando volvió a la terraza arrastrando su mecedora, el vasco ya se encontraba sumido en un profundo sueño.

El estridente claxon de un vehículo sacó a Lareki de la ensoñación devolviéndole al presente. Nino volaba con su furgoneta saliendo del poblado para continuar con el reparto del pan. El bocinazo indicaba que Lareki ya tenía el pedido diario en su puerta. El vasco cerró la mano suspendida en el aire y extendió el pulgar apuntando al cielo, mostrando así al panadero su gratitud con ese gesto universal de que todo está bien.

Se desperezó y regresó a su casa. Colgó la bolsa del pan detrás de la puerta de la cocina y se dirigió al patio. Allí se lavó

la cara, el pecho y las axilas en el grifo de la pileta. Tras enfundarse una camiseta limpia volvió a la cocina, se sirvió un vaso de zumo de naranja y se acomodó en la terraza.

Había dado con aquella casita por una casualidad. Un compañero de su nuevo trabajo le habló de un matrimonio alemán que vendía su casa en aquella cala solitaria y cuando Lareki vio la playa, no dudó en comprar la modesta propiedad. Pero no se había convertido en un eremita. Disfrutaba en sus excursiones a los campos inundados de naranjos y almendros que circundaban la costa; y encontraba la paz sentado en el muelle de Cartagena mientras observaba los buques que anunciaban sus entradas y salidas por la bocana haciendo sonar sus bocinas de niebla incluso en los días más soleados. A veces le acompañaba Ginés en sus batidas portuarias. Paseaban entonces por la ciudad y tomaban unos vinos peleando un hueco entre los turistas que asaltaban las terrazas del puerto.

En cierta ocasión, Joseba llevó a Ginés a un cineclub a visionar un ciclo de películas norteamericanas de los años cincuenta que tanto fascinaban al pescador.

—Tú te pareces al protagonista. Sí. Te pareces mucho al *Gary Cuper*.

—A ver, Ginés. ¿En qué me parezco si puede saberse?

—Pues en que eres fuerte y buena gente, pero tienes siempre la mirada triste.

Acomodándose en la hamaca, recordó las palabras del pescador sin poder evitar el sobrecogimiento que le producía aquella luz impresionista que parecía haber sido pintada a espátula sobre el mundo salino que le acogía. Una luz a la que iba unida la inevitable reflexión sobre la finitud de todo.

«¿Hay algo que dure para siempre? ¿Quizá el amor? ¿Puede una mujer en unos meses capturar la pasión de un hombre para toda la vida...?», reflexionó, al recordar la vehemencia

con la que todavía se agarraba a ese sentimiento su anciano amigo.

«Claro que sí, estúpido», se respondió desencantado.

Incluso había bastado el segundo de una mirada lanzada once años atrás para que ese misterio tomase forma en su corazón, marcándolo para siempre con un sello indeleble. Joseba lo sabía muy bien. En su caso, aparejado a ese amor, venía también la ausencia.

Ausencia.

Joseba amagó una sonrisa cuando esta palabra cruzó su mente. Qué bien retrataba a Edurne.

Daba igual que no existiese una recopilación de recuerdos compartidos y que nunca hubiese besado sus labios. O que Edurne desconociese su existencia. Él seguía viviendo por ella, aunque su vida fuera tan sólo, una ausencia absoluta de la mujer que amaba en secreto.

Optó por fijar toda su atención en el entorno para darse un baño de analgésica realidad que le apartara de aquella tristeza.

El poblado había cobrado la vida que le prestaba el trasiego de sus vecinos durante el fin de semana. Unos críos correteaban en sus bicicletas por la carretera y los adultos asomaban por las terrazas, para barrerlas y rociarlas y así, pasar en ellas aquel sábado primaveral.

Y allí estaba él, con el sol en la cara y el pasado diluyéndose día a día como el rastro de una serpiente sobre la tierra polvorienta de aquellos secarrales. Una serpiente que le había herido antes de poder descabezarla... Sin embargo, había terminado por abandonarle aquella machacona pesadilla donde se intercalaban confusas imágenes de coches que se perdían entre brumas irreales y explosiones que ahogaban desgarradores gritos de terror, mientras él, arrodillaba a un hombre apuntándole a la cabeza con una pistola.

Habían tenido que pasar tres años para que dejase de sentirse atrapado en la sensación de que su vida anterior acabaría por encontrarle y decidió que nunca se separaría de los que ahora eran los suyos. Ni en la vida ni en la muerte.

Se recostó en la tumbona y visualizó a sus nuevos amigos.

El primero en salir a escena fue Nino. El panadero era un inteligente ingeniero informático, sevillano y cuarentón, que un verano se perdió por aquellos parajes y decidió no desandar el camino. Recordó a Isa. La vivaracha dueña del único bar de la playa del Portús. Leandro y Florentina, que junto a su joven hija Victoria, tanto le ayudarían desde su llegada a arreglar y decorar su nuevo hogar. Y no se olvidó de Alfredo. Alias *el Reve*. Apodo adjudicado por su condición de reve-rendo. Un cura náufrago arribado a esa playa desde el secano de Valladolid que disfrutaba las noches contando los destellos del faro de Cabo Tiñoso.

Arropado por todos ellos, había averiguado que el secreto cuántico del tiempo se apoya en dos principios fundamentales. El primero reside en compartir la vida junto a aquéllos que te quieren tal y como eres, y el segundo consiste, en no mirar demasiado el reloj. Y había descubierto también, que aquella tierra se perfumaba con un jaloque salado que hacía que sus atardeceres oliesen a sal y a jazmín.

El místico momento se quebró en pedazos con el griterío chillón de una bandada de gavinas que, en picados suicidas, acometían un peñasco del acantilado de poniente. Lareki vio un punto negro que rodaba entre las rocas intentando levantar el vuelo sin conseguirlo. Aquel temerario cuervo estaba pagando cara la osadía de rapiñar en el territorio de las gaviotas. Tras unos minutos de desigual batalla y antes de ser despedazado por sus enemigas, el carroñero bandido, exhausto y malherido, dejó suspendidos en el aire un puñado

de sanguinolentas plumas y el hedor maldito de los pájaros de mal agüero.

La lucha sin cuartel de aquellas aves marinas por mantener a raya a los intrusos despertó en Joseba la inspiración, a menudo dormida en la hamaca de su complaciente vida. Entró en casa para buscar un cuaderno y oyó la llamada que sonaba en su móvil. Sólo tenía media docena de contactos en la agenda del teléfono, entre ellos, uno, que prefería no tener que volver a leer nunca. Justo el que aparecía nítido en la pantalla sincronizado con cada timbre de aviso. Dejó sonar el aparato deseando que callase cuanto antes y el silencio se volvió espeso como un vómito de malos recuerdos. Un silencio que le permitió escuchar cómo su corazón lanzaba la sangre hacia sus sienes con la misma fuerza con la que la mar golpeaba los acantilados de la playa. Después de unos segundos eternos, el móvil quedó mudo. El mutismo exterior volvió a quebrarse con el aviso musical que anunciaba un mensaje entrante en el teléfono. Aquel sonido, siempre sutil, sonó estridente como un puñado de cristales rotos. Cogió aire y alcanzó el móvil en un rápido movimiento.

“1 mensaje nuevo”. Clavó la mirada en la pantalla mientras buscaba en su cabeza razones banales que justificaran aquel *sms*. No encontró ninguna. Salvo que fuera por...

«Vamos, Joseba. Sea lo que sea, afróntalo como un hombre», se dijo animándose, y con el mismo impulso con el que se levantó del sillón, presionó la tecla para leer el mensaje: “Soy Mejía. Coge el teléfono. Es vital”.

«Es vital», repitió para sí las inquietantes palabras sintiendo el deber moral de tomarlas en serio.

Abandonó de nuevo el aparato sobre la mesa y tomó asiento para esperar la llamada que no tardaría en producirse. Su intuición no le falló. Al primer pitido presionó el

botón para descolgar. No dijo nada. Tan sólo esperó a que su interlocutor abriera la conversación.

—¿No querías hablar conmigo, Lareki? He firmado el mensaje por si no conservabas mi número —serpenteó la cavernosa voz.

—Ya no estoy a sus órdenes.

—¿Estás en casa?

—Afirmativo.

—Pon la televisión. Cualquier cadena nacional —conminó.

A pesar de los años transcurridos, el siniestro timbre de voz de Mejía conservaba intacto el poder condicionante de una jerarquía natural. Nada más escuchar la orden, buscó con la mirada el aparato de televisión y sin despegar el auricular de la oreja, sintonizó un canal al azar.

—Estoy seguro de que reconoces la casa.

La voz al otro lado de la línea parecía hablarle a sus espaldas.

—¿Ella está bien?

—Sí. Fue el casero el que movió el coche, pero el regalo era para Edurne.

Mejía respondía con el anodino tono de voz de un comentarista televisivo que anunciaba la previsión meteorológica para el fin de semana; pero sabía a la perfección el devastador efecto que sus palabras provocarían en el vasco. Y no se equivocaba. Lareki acusó el golpe y su respuesta sonó evasiva.

—Si ella está bien no sé por qué me ha llamado —dijo apagando el televisor para borrar de su mente la imagen del coche calcinado.

—Pensaba que no la habías olvidado —presionó.

En ese instante se arrepintió de que en la única borrachera de su vida, le hubiese revelado sus sentimientos más profundos a aquel tramposo.

—Eso es asunto mío.

—Quiero que subas a protegerla.

—Hay gente muy buena allá arriba para protegerla.

—Vas a hacerlo tú, Lareki.

—¿Por qué habría de subir?

—Porque los vascos nunca rompéis vuestra palabra. Y tú me diste tu palabra de que si algún día te necesitaba, podría recurrir a tus servicios. Es lo menos que puedes hacer. Yo no me desentendí de ti después de que te echaran del Cuerpo cuando perdiste la chaveta. Si no te hubiese buscado trabajo de escolta es muy posible que hubieras acabado robando bancos. Guardaespaldas o atracador son los únicos oficios disponibles para los que sólo sabéis ganáros la vida con una pistola —sentenció, recordándole sin pudor alguno, que había llegado el momento de cobrarse el pago de la deuda que el vasco había contraído con él en peores días.

—¿Sabe lo que me está pidiendo? Volver allí para hacerme cargo de ella y seguro que también, de un marido y, ¿de cuántos hijos? Porque supongo que se habrá casado —dijo sin saber si quería conocer la respuesta.

—No, que yo sepa.

Joseba calló. Por primera vez había escuchado algo parecido a una buena noticia en una conversación con Mejía. Suspiró dándose por vencido. La decisión estaba tomada.

—El cliente asumirá mis condiciones. Hay una que es innegociable. Quiero trabajar con...

—Con tus amigos —atajó—, ése que llamáis *Abuela* y el francés. Ya les he localizado. Mañana llegarán a Madrid para recoger el material, las armas y los contratos.

—Qué rápido se mueve usted a pesar de los años.

—¿Sabes, Lareki? Nunca supe a ciencia cierta si cuando te dirigías a mí, me hacías un cumplido o te estabas acordando de mis antepasados. Y ésta es una de esas ocasiones —rio con una asmática tos que goteaba nicotina.

—Es que me da la sensación de que lo tiene todo planeado.

—Ya sabes que a los generales nos pagan, más que por otra cosa, por organizar.

—Entonces habrá pensado en...

—Sí —cortó—. He llamado a tu jefe de Murcia. Ya tienen impresa tu excedencia en el trabajo. Tendrás que ir al ayuntamiento a firmarla antes de subir. Hoy todo el mundo quiere colaborar en la lucha antiterrorista y colgarse su medalla.

—Mi vida está aquí. ¿Por cuánto tiempo es la excedencia?

—Tienes seis meses, pero si todo va como tiene que ir, en tres meses volverás al sur.

—Eso espero. Supongo que no habrá olvidado rescatar mi licencia de escolta privado. Los de la Policía Nacional son duros para estos temas.

—Si les hubiera pedido una mona que bailara el cancán, me la habrían conseguido también. Para ciertos asuntos, los mandos de la Guardia Civil todavía tenemos mano en España.

—Supongo que donde hay patrón, no manda marinero.

—Muy náutico te estás volviendo por ahí abajo. Me parece muy bien, siempre y cuando el salitre no te haya corroído el cerebro haciéndote olvidar quién eres en realidad.

—Sé quién soy. Y sé también quién es usted.

—No te equivoques. Yo no inventé esta guerra. Sólo me pagan por intentar ganarla —bufó.

Ambos hicieron una breve pausa como dos púgiles que cogen aire para seguir golpeándose.

—Quiero carta blanca. ¿Qué hay de los coches?

—Pide lo que necesites. Sea lo que sea, ese francés loco lo encontrará. Te llamo a la noche con las órdenes. Nos vemos en tu tierra —se despidió.

Joseba no tuvo oportunidad de contestar. El pitido que puso fin a la llamada dejaba claro que Mejía volvía a decidir el cuándo, el cómo y el porqué de su futuro inmediato.

—Aquella ya no es mi tierra —murmuró rebelde ante su infortunio.

Durante esos tres años había sido más feliz que en toda su vida pasada y, aunque no había olvidado de dónde venía, había aprendido a no querer volver. Después de tanto tiempo, volvió a sentirse un peón de usar y tirar. Deseó saber qué se sentiría al llorar, pero su naturaleza le había negado siempre ese desahogo. Su vida se derrumbaba y los escombros le apriaban los pulmones dificultándole la respiración que se volvía más y más superficial a cada momento. Necesitaba salir.

Con paso tambaleante cruzó el salón hasta llegar al recibidor para asirse con fuerza al pomo de la puerta. Antes de abrir, se topó con su imagen reflejada en el espejo de la entrada y como si de un espectador astral se tratara, cruzó la mirada consigo mismo. El que le miraba aterrado a los ojos era su propio miedo. Abrió la puerta con rabia y salió de la casa con el único afán de meter todo el cielo en sus pulmones. Apoyó las manos sobre las rodillas y con el cuerpo doblado, durante unos instantes, el único sonido que percibió fue el del aire entrando a ráfagas por su boca.

El sol estaba cerca de la meridiana y caía a plomo sobre sus hombros. Un peso que terminó por derribarle al suelo. A ras de tierra, recuperó el aliento. Trató de tranquilizarse con la idea de que sólo se ausentaría unos meses y poco a poco, volvió a respirar con fluidez.

Con el ánimo renovado, se levantó y bajó hasta la playa. Paseando a la orilla de aquella mar añil, se sintió feto en un seno marino donde flotaba ingrávido conectado a un cordón umbilical que le nutría de pescado y paz. En aquel plácido microcosmos no había sentido nunca el abandono de años pasados y en ningún momento, del día o de la noche, había dejado de escuchar el reconfortante arrullo con el que la mar le mecía, al igual que el tranquilizador latido del corazón de

una madre gestante; pero la bolsa amniótica se había roto, derramando su escasa vida feliz sobre los hirvientes guijarros. Había aceptado el encargo de Mejía y su destierro de aquel pedazo armónico del universo era inevitable. Ahora sólo cabía llenar la maleta y hacer su trabajo.

«Un trabajo de perros», rumió.

Aquella idea le encolerizó y se desahogó lanzando piedras a la mar para buscar los rebotes sobre la superficie. Una y otra, y otra más, hasta que fue a lanzar una última pero, en ese preciso instante, detuvo aquel furioso lanzamiento de piedras contra su propia impotencia. De nuevo se serenó al observar extasiado aquella piedra negra y brillante, lavada por una ola en retirada. Con todas sus fuerzas la apretó entre el puño que colocó sobre su frente y segundos después, exclamó solemne: ¡lo juro!

Guardó la piedra en el bolsillo. Arrebató a las olas que le despedían en la orilla un sorbo de agua que bebió en el cuenco de su mano, apretó los dientes, y dirigió firme sus pasos hacia el poblado.

Lareki regresó a su hogar y lo encontró más caluroso de lo normal. Asfixiante.

Decidió que se iría aquella misma tarde. No tenía tiempo que perder. Redactó en el ordenador dos documentos e imprimió varias copias. Acto seguido, escribió en su cuaderno de apuntes una nota de despedida para el pescador. Fue al dormitorio y buscó el petate de marino y el chaquetón de mar que Ginés le regaló una de las muchas veces que salieron a pescar. Embutió el saco con poca ropa y así le quedó sitio para meter también el ordenador portátil, la bolsa de aseo y los documentos que acababa de redactar. A Dominic le haría el encargo de comprarle el resto del vestuario que necesitase.

Organizó sus próximas horas. Al día siguiente firmaría la excedencia como vigilante municipal en Murcia, desde donde

partiría al norte. Ahora sus únicos planes eran ir hasta Cartagena y buscar un hostel donde dormir. Pasaría la tarde deambulando por el puerto y compraría algún regalo para su hermana Miren. Qué abandonada la tenía, aunque ella estuviese acostumbrada a sus silencios. También sería agradable volver a ver a los camaradas. Gerardo y Dominic ostentaban el dudoso honor de ser los dos únicos profesionales con quienes Joseba sentía cubiertas sus espaldas. Dos viejos amigos con los que hubiera preferido reencontrarse en otras circunstancias.

En Eburne prefirió no pensar demasiado. Ella debía seguir ignorando la existencia antagónica de sus sentimientos. La paradoja de ser un hombre tan valiente como para arriesgar la vida por protegerla y tan cobarde como para revelarles que la amaba desde que la vio por primera vez; sin embargo, ¿cómo podría olvidar a quien ansiaba ver de nuevo?

La llevaba en su carne, pero no como un tatuaje portuario; la llevaba en las entrañas.

«¿Tanto la necesito en mi vida?», se preguntó. «No. Voy a despedir a Mejía para siempre. Voy a pagar y a olvidar. Eso es todo», intentó mentirse una vez más. Arrancó la hoja recién escrita del cuaderno, agarró el petate con determinación y, al cerrar su domicilio, el portazo sonó como el descreído amén de Lucifer al ser expulsado de los cielos.

Ensertó la hoja de papel en un clavo del marco de la puerta, metió el saco en el coche y, sentado al volante, arrancó para marcharse sin mirar atrás.

Cuando Ginés llegó a la casa de Lareki se extrañó al no encontrarle tumbado en alguna de las hamacas del porche. Tampoco le vio en la falda del monte de poniente, donde el vasco pasaba sus ratos libres escribiendo; pero le extrañó aún más encontrar la vivienda cerrada y un silencio que hablaba

de vacío. Vio entonces la hoja arrancada sin cuidado de un cuaderno de notas. Intuyendo la marcha de su amigo, acercó el papel a sus ojos ya nublados por las lágrimas.

“He puesto proa al norte.

Tengo una deuda que saldar y una Fátima que cuidar.

Despídeme de todos y cuídate mucho, cascarrabias.

Buena mar y hasta la vista.

Lareki”.

El viejo pescador leyó cada sílaba con la voz rota y apenas pudo articular un lloroso: a ver si es verda’, *Gary Cuper*.